

envueltos en un peloton, nos metió en el templo nuestra temeridad misma.

¡Qué prodigio! Sostenida de los dos *Alfonso*s, X y XI, del príncipe *Carlos de Viana* y de don *Juan Manuel*, personajes destinados para llevar en sus hombros el fúeretro, vimos en pié la lengua castellana, la cabeza lánguidamente derribada sobre el pecho, exhalando suspiros débiles y fatigados, el rostro pálido, aunque ya no cadavérico, las manos caídas, la actitud postrada y desfallecida.

El ámbito todo del templo resonaba en aplausos, vivas, aclamaciones; hervía el gozo y el regocijo en la multitud de los concurrentes; abrazábanse, saltaban, palmeaban; todo era fiesta, alborozo, todo desórdenes del placer que se había apoderado de aquella turba, cual si fuese mal comicial ó locura epidémica. Duró el bullicio hasta que *Apolo* con un grito imperioso, formidable, impuso silencio y restituyó el sosiego; y alargando la mano y sacudiéndola majestuosamente, mandó así que nos acercásemos al lugar de la escena. Obedecimos, abriéndonos calle la turba, instada de su misma curiosidad, y entonces, enderezando á nosotros la palabra, dijo el númen de las artes:

«Mancebos: en el aparato que habeis visto, he representado á vuestro dolor el que sufrirán irremediablemente los doctos de España, si no tratan de refrenar el maligno ímpetu de los corruptores de su lengua. Esta no yacia muerta; en la suspensión de un parasismo aparentó los accidentes de la muerte por disposición mía, para manifestaros con la vista de tanto hombre insigne lo mucho que va á perder España si dejan perecer el instrumento de sus glorias. En este amago podéis prever la grandeza de la fatalidad, si llega á consumarse; porque, tenedlo entendido, las lenguas entonces tocan al más alto grado de perfección cuando las cultivan ingenios eminentes en todas líneas; ellos las usan del modo que deben usarse; descubren sus riquezas; las labran, las pulen, les dan aquel temple y vária configuración de que son capaces para que sus explicaciones ó representaciones correspondan fielmente á la calidad vária de los objetos en su infinita semejanza. Poseéis una lengua de exquisita docilidad y aptitud para que, en sus modos de retratar los seres, no los desconozca la naturaleza misma que los produjo; y esta propiedad admirable, hija del estudio de vuestros mayores, perecerá del todo si, ingratos al docto afán de tantos y tan grandes varones, preferís la impura barbaridad de vuestros hambrientos traductores y centonistas á la copia riquísima que aquellos depositaron en los monumentos de su gloria. Poseéis, repito, una lengua majestuosa para las cosas grandes; concisa para las sublimes; pomposa y sonante en extremo para las magníficas y de grande aparato; tierna, blanda y suave para las amorosas; expresiva y eficaz para las agudezas; rápida é impetuosa para las imágenes y afectos vivos y vehementes; lozana, desenvuelta y ágil para las risas, los juegos y los solaces; sencilla, cándida y noblemente rústica para los objetos campestres. Su naturalidad para las gracias y donaires, su gravedad para las cosas serias, y su amenidad para las floridas y deliciosas son incomparables; y de esta variedad de caracteres, que no está, no, en las cosas que se dicen, sino en las palabras, locuciones y modulaciones de que está enriquecido el genio mismo de la lengua, procede aquella abundancia que tanto han ponderado y recomendado los que con mayor ingenio y estudio procuraron apurar y desentrañar las excelencias de su mecanismo. Ahí estan, ahí los veis, esos hombres respetables, en quienes podéis y debeis

aprender esta copia enérgica, que imprime en la construcción de las voces las propiedades mismas que existen en la realidad de las cosas.

«Ellos hicieron en España lo que *Homero*, *Demóstenes*, *Platon*, *Tucidides*, *Sifocles*, *Menandro*, *Pindaro* y *Teócritos* en Grecia; lo que *Lucrecio*, *Terencio*, *Ciceron*, *Salustio*, *Livio*, *Horacio* y *Virgilio* en Roma. La elocuencia griega no pudo pasar más allá de los términos adonde la llevaron *Homero*, *Platon* y *Demóstenes*; la latina más allá de adonde la dilataron *Ciceron*, *Livio*, *Horacio* y *Virgilio*. En la castellana nadie hará más de lo que produjo la facundia estudiosa de ese escuadron de sabios que he ofrecido á vuestra admiración, reflexión y ejemplo. Mientras no se restaure en vuestra patria la juiciosa emulación de sus estilos, la lengua yacerá en el estado que la veis, desmayada, postrada, marchita; enferma, finalmente, y en riesgo de fallecer, para eterno oprobio de vuestro descuido. Id, pues, volved á España, y publicando cuanto aquí habeis visto, observado y reflexionado, despertad con estas noticias el letargo de vuestros ingenios, y estimulad sus conatos para que pueblen esta región con la misma abundancia de hombres insignes que en los buenos tiempos de su literatura.

«Pero ántes venid, y presenciareis, no ya en solemnidad fúnebre, sino en castigo merecido, el que deben sufrir los detestables abortos de la barbarie.» Dicho esto, mandó conducir la débil lengua adonde se cuidase de su salud; y saliendo del templo, seguido de todo el concurso, se encaminó al sitio donde estaba levantada la pira. Llegados á ella, y cercada del inmenso gentío, ordenó que se encendiesen mechas y con ellas pusiesen fuego á aquella hacina enorme de libros y papeles.

Por hallarme en proporción para ello, pude observar hasta las más mínimas menudencias de lo que pasó en esta ejecución, solemnizada allí con extraño júbilo. Un ganapan hizo mecha de unas *Reflexiones sobre la poesía*, de un tal *Filoleteas*, juntándolas, para aumentar el material, con el pobre *La Fontaine*, estropeado miserablemente en unos versos, que no parece sino que se habían fabricado por el molde de la barbaridad *Filoleteia*, ó más bien *Filofrenética*. Mayor consonancia entre poética disparatada y poesía insulsa y carrasqueña no se hallará ni entre la epopeya de *Maron* y los preceptos épicos de *Aristóteles*. ¡Tan seguro es que en los desaciertos se arriba más fácilmente á la eminencia de la perfección! Otro asió de las obras de *madama de Genlis*, que ardieron con celeridad prodigiosa. ¡Tan inflamable debía de estar la materia! Con horrible impiedad arrolló otro en forma de torcida, descuartizándolo ántes, un rollizo tomo de versos alejandrinos en frigidísimo y barbarísimo romance, cuyo autor tuvo la moderación de apellidarse *poeta filósofo* (1); porque claro está que para ser poeta y para ser filósofo no es menester más que bautizarse uno á sí mismo con la friolerilla de los dos títulos. La rancia novedad de la poeta alejandrina mereció solemnísimos silbos de la mosquetería del Parnaso, viendo que los cuatro martillazos que á unas mismas distancias, en cada dos versos, descarga la tal poesía sobre la pobre oreja española, destruían en ella la vária y fecunda armonía de nuestra lengua, que hasta ahora no ha necesitado tomar lecciones de las fraguas ni de los batanes para construir sus versos; y desde luego convinieron en que un poeta filósofo, que desempeñaba su título echando por tierra la gala, soltura y belleza de nuestros números, debía tener una filosofía orejuda y una poesía muy machacona, seme-

(1) Trigueros.

jante al ruido que hace un mulo de Arévalo, ó sea de la Laponia, cuando camina lentamente, bien cargado de barras de plomo, por una calzada. Lecciones de física y de química, anécdotas, historietas de los monarcas del Norte, novelas, moralidades, devocionarios, proyectos y obras predicables y místicas, hacían allí el oficio de la pez y del alquitran, con tal brío, que en un momento ardió por todas partes la alta pira, en cuyo incendio quedaron reducidas á cenizas, de las cuatro partes de los escritores españoles de este siglo, las tres y media por lo ménos. ¡Quién se lo diría á los cuitados! Bien que si las obras reditaron á su codicia ó necesidad las ganancias que buscaron en tal granjería, poco dolor les causaría á ellos mismos le ignominiosa ejecución del fuego. ¡Al negociante qué le importa la gloria!

Concluida esta solemnidad, ordenó *Apolo* que, en vez de los juegos gladiatorios, los que estaban señalados para lidiar en ellos, recogiesen, no en urnas, sino en cachas y espúrtas, las cenizas que resultaron del incendio, y fuesen á arrojarlas á la laguna de los charlatanes. Hicieronlo así con harta afición, seguidos del numeroso concurso y del mismo *Apolo*, que, ofendido implacablemente de las injurias de nuestra lengua, quería por sí mismo dirigir y efectuar sus desagrazos con venganzas terribles, que mostraban bien lo profundo de su indignación. Llegados, pues, al borde del risco ó derrumbadero que domina á la laguna, mandó hacer alto y que se formasen en medio círculo los concurrentes, dejando en el extremo del borde á los melancólicos esportilleros. Todo quedó en maravilloso silencio. Llamóme entonces, y poniéndome en las manos un cuaderno, «No es razón, dijo, que quede desautorizada tanta función por falta de discurso fúnebre. Sube á aquella peña, que la naturaleza ha levantado allí como para púlpito de este teatro, y desde ella lee esos versos, modulándolos y sintiéndolos de modo que los oigan y entiendan bien los conductores de las cenizas.»

Obedecí, y abriendo el cuaderno, me quedé atónito de ver en mis manos, desde las de *Apolo*, unos tercetos míos, que yo había escondido cuidadosamente á la curiosidad, ya por la poca estimación en que siempre he tenido mi poesía, ya por ahorrar á la ignorancia el afán de trabajar en mi persecución, después que escarmientos me habían enseñado á no fiar mi seguridad en la razón de mi justicia. Conoció *Apolo* lo que pasaba en mi interior, y sonriéndose, dijo: «No te envanezas por haber visto tus metros en mi poder; apruebo en ellos la materia y la justa indignación, y esto es lo que basta á la oportunidad del caso presente. Tú, en esa sátira, diste con lo cierto de las causas que han destruido en España su lengua y la celebrada solidez de sus sabios. Los males son profundos y peligrosos, y su remedio no está en disimularlos, sino en ofrecerlos á la irrisión del mundo. Lee, pues.» Incliné la frente, y lei lo que sigue.

SÁTIRA

CONTRA LA LITERATURA CHAPUCERA DE ESTOS TIEMPOS (1).

Aunque me exponga á vuestros necios tiros,
Pedantes, perdonadme; que mi nusa
Ni puede ya sufrirse ni sufrirse.
Y pues ya el maldecir tanto se usa,
Permitidme que siga vuestro ejemplo,

(1) FORNER hizo muchas correcciones en el texto primitivo de esta sátira. Las más nos parecen acertadas, y las hemos admitido en el texto que ahora publicamos. Sin embargo, nos ha parecido oportuno consignar algunas variantes. (Nota del Colector.)

Si no en calumnia, en sátira difusa.

¡Oh! Cuánto labio contra mí contemplo
Forjar habillitas de malicia horrenda,
Porque al són de sus vicios no me templo.

Se bien lo que me anuncia la contienda,
Gritos, calumnias, lluvia abominable
De dietarios, que á mí y al juicio ofenda.

¡Pero qué? Cuando logren miserable
Hacer mi vida entre pobreza dura,
Daño más que sus obras tolerable,

¡Mejorará por eso la basura
De sus fétidos pliegos, ni á mi mente
Podrán vedar que silbe su locura?

En tranquilo retiro, en inocente
Penuria, las riquezas despreciando,
Mofaré al charlatan impertinente;

Y, azote eterno del pedante bando,
Por el gustazo solo de silbarle,
Renunciaré al favor, al oro, al mando.

Cuando *Faustino* en sus corrillos garle,
Desenvainando un papelón sangriento,
Que su ciego furor supo dictarle,

En que todo rabioso y fraudulento
Glose algún hecho de mi oscura vida
Para infamar mi justo atrevimiento,

Yo, en mi alegre tugurio, en la guarida
Grata de mi pobreza, su coraje
Riendo, y su sandez mal escondida,

Escribiré: «*Faustino* es un salvaje,
Deje la pluma y póngase á albardero,
O, si quiere medrar, hágase paje;

»Y aun su labio versátil y embustero
Su vocación allí con mejor tino
Cumplirá, ya abatido, ya altanero.»

En fin, pues ya es comercio el desatino,
También yo he de vender esta semana
Seis cuartos de discurso censorino.

¡Acaso no habrá en mi ignorancia ufana
Para ser escritor? ¡No habrá insolencia,
Presunción, hambre fiera, ambición vana?

¡No sabré destrozár la ajena ciencia!
¡Llamar á todo el mundo mentecato?
Autor soy, si no miente mi conciencia.

Cual si fuera de berzas, pondré trato
De traducciones, y por cada pliego
Dictaré mi arancel, y no barato.

A adular con descaro no me niego,
Ya sea alfabetando nuestros sabios,
Ya en discursillos de argumento lego.

Haré á la ciencia y la virtud agravios;
Mas, ¡qué importa! Esto vale, esto enriquece,
Y mi elogio remitilo á mis labios.

¡Faltaráme el acierto, cuando ofrece
Ejemplos á millares cada esquina,
Que de autores de esquina se guarnece?

Allí el liceo está, donde canina
Me enseña el hambre, en el locuaz *Ninfeo* (2)
A hallar en la barbarie fértil mina.

Allí, en su tarabilla y manoteo,
La fatuidad me dicta sus lecciones
Y el arte de ser rico sin empleo.

En torno de él, en varios pelotones,
La ambición, la avaricia, el pedantismo,
La astucia, y todas juntas las pasiones,

Con máscara de autores, el abismo
Me descifran que encierra y deposita
La ciencia que nos vende su idiotismo.

¡Por amor al saber, quién solicita
Ser sabio, cuando el ocio delincuente
Es ya quien al trabajo nos incita?

Por beber el domingo largamente
En zambra obscena, en sucia mancebía,
O en prado donde el jarro esté presente,

Ansioso el oficial de noche y día
Alquilando sus manos, las ajenas
Ricas hace con misera portía.

¡Veis al triste *Lupino* (3) con mil penas
Abortando misiones semanales,
Atado á ser autor cual con cadenas?

(2) Nifo.
(3) Nifo.

Gran turba el espectáculo acarrea.
De mil muchachos el concurso rudo,
Lluvia seca de tronchos disparando,
Acrecienta la lid con silbo agudo.
Y azuzados del vulgo, como cuando
Se traban perros, crece la algarazara
A cada golpe en el plebeyo bando (1);
Que en el circo dinero le costará
Ver burlada del toro la fiereza,
Y allí logra de balde lucha rara.
Pero como no hay rayo que en presteza
Exceda á un alguacil, y es su destino
Aguar de tales héroes la braveza,
Uno allí se aparece repentino,
Que asiendo (Dios nos libre) de los sabios,
Del *niac* me los planta en el camino.
¡Oh *Apolo!* tú me inspira, tú á mis labios
Traslada de tu citara sonante
El grave són que iguale á estos agravios;
Que sin tu aliento, ¡quién será el que cante
De los dos nuevos *Sócrates* la pompa,
La majestad en su prision triunfante?
Pues si bien ni clarín, ni heroica trompa
Guió su marcha á la mazmorra impia,
Ni hay patron que sus males interrompa,
Por lo ménos sonora gritería
De pillos, mujercillas y yes-ros
La marcha acompañó, no sin porfia.
Era de ver los continentes fieros
Y angusta seriedad con que caminan,
Despreciando infortunios tan groseros;
Que al sabio, ni los fuegos que fulminan
Soberbias las esferas, le estremecen,
Ni ruinas del orbe le arruinan.
En fin, porque el celo que ya crecen
Importunos los *rasgos* de mi historia,
Aunque tan altas cosas la ennoblecen (2),
Sin formar en proceso ejecutoria,
Un juez me los despacha bien multados,
Pena que de los dos colmó la gloria.
Salen, y de su celo arrebatados,
Vanse á escribir discursos inmortales,
Que ilustren y mejoren los estados.
Pintan del odio los funestos males,
Predican la modestia y tolerancia,
Y que es la paz el bien de los mortales.
Combaten la soberbia, la arrogancia,
La avaricia, la envidia vengativa,
Y en la virtud encargan la constancia.
Y porque horror al vicio se conciba (3),
También á los viciosos escarmentan,
Esgrimiendo la rápida (4) invectiva.
Apostaré yo ahora á que me cuentan
Aquí algunos lectores criticones
Entre los que de cuentos se alimentan,
Y con grupo mortal de erudiciones
Disputan que mi fábula es hurtada,
Y que *Agelio* lo indica en sus *Centones*.
Mas ¡ojalá lo fuera! Acreditada
La ciencia en sus alumnos, no gimiera
Cual gime, escarnecida y despreciada.
El hambre abominable, y la altanera
Vanidad las tareas convirtieron
Del sabio en profesion baja y rastrera.
Entonces todos juntos acudieron
Los vicios, condicion de almas vendibles
A los que del saber tráfico hicieron.
De aquí el furor y el odio indefectibles
Entre los más pedantes combatiendo,
Sobre quiénes serán más irresistibles.
De aquí el horror inicu y estupendo
Con que al sabio de véras mortifican,
Anllando siempre, siempre maldiciendo.

(1) Variante de este terceto:

Y por la vaga esfera resonando,
No tambores, mas risa y algarazara,
Hácese fiesta del plebeyo bando;

(2) Variante:

Aunque otros *rasgos* el ejemplo ofrecen,

(3) Variante:

Y porque el vicio entre los hombres priva,

(4) *la rápida*. Variante: *la rígida*.

Portentosas ofertas que publican,
Anzuelos son á tontos compradores,
Ciertos de que son muchos los que pican.
En suma, los científicos honores
Que un tiempo *Aténas* consagró pomposa,
No ingrata á los talentos superiores;
Cuando llena de sí la generosa
Descendencia de *Sócrates*, pospuso
Al saber la ambicion facinerosa.
Hoy, por un vulgo en el saber intruso,
Si no olvidados, abatidos yacen;
Que el desprecio es hermano del abuso.
¡Filósofos! A gritos se deshacen
Innumerables de ellos en corrillos,
Que exhortan al revés de lo que hacen (5).
Espeso nubarrón de papelillos
Nos atestiguan su doctrina y celo,
A pesar de ligeros pecadillos.
Su fin es mejorar el patrio suelo:
Por esto á los ministros los presentan
Para ayudar en algo su desvelo.
Nada, nada pretenden, nada ostentan,
Que si en la covachuela distribuyen
Los partos que sin término acrecientan,
Conocemos que es sólo porque influyen
En la nacion las altas oficinas,
Y sus hondos discursos las instruyen.
Desde el supremo trono á las cortinas
Que tapan, sucias, lóbregos portales,
Donde, ¡oh Baco plebeyo! tú dominas
Reyes, grandes, ministros, generales,
Albaniles, autores, carpinteros,
Payos, y altos y bajos oficiales,
La república, en fin, si á los esmeros
De tan grandes varones no se ajusta,
¡Adios, dicha; adios, bienes verdaderos!
Y aunque la antigüedad grave y adusta
La ciencia colocó en las obras buenas
Y en abrazarse á la virtud robusta,
Gracias á Dios, costumbres más amenas
Snavizaron el duro documento,
Y ya ser un *Caton* (6) no cuesta penas.
Gracias á Dios, ya logra su cimiento
La dicha del mortal, ¡oh lujo amable!
En tu brillo, en tu halago, en tu ornamento,
Que afanes á un casado miserable,
Provedor de una infiel que le aniquila
Por hacerse á otros ojos agradable;
Que un juez, cuya mujer coser no estila,
Lleve siempre tu peso en la balanza,
Por el cual hasta el íntegro vacila;
Que debilites la pueril crianza,
La honestidad vendiendo á la delicia,
Y al adorno superfluo la templanza;
Y con la ufana pompa que codicia
Por ejemplos fatales la doncella,
No reprima, alimente la malicia,
Cuando en concurso frívolo descuelga,
Inspirando deseos indecentes
Al jóven que arde á la menor centella;
Que el pudor viendo y la modestia ausentes,
Creyendo que es convite el bello adorno,
Se atreva á peticiones insolentes;
Y ella, que lo desea, sin bochorno
Oiga el caliente ruego, y le conceda
Una blanda sonrisa por retorno,
Con lo cual franca ya la senda queda
Al trato adúlterino, cuando esposa,
Si ya espera á que el vínculo preceda;
Que devore en la mesa deliciosa
El sudor de sus pueblos un magnate,
Y ellos mendiguen mientras el rebosa,
O entre torpes ramerías malbarate
La hacienda que sus inclitos abuelos
Le adquirieron venciendo en el combate;
Que los hombres oprimas, que los cielos
Te detesten, ¡oh lujo! importa nada;
Ya la ciencia es benigna á los mozuolos;

(5) Variante:

Que á la bárbara patria feliz hacen,

(6) un *Caton*. Variante: un *Zenon*.

No como cuando aceda y desalmada
Riéndoles severa é importuna,
Les dictaba una vida refrenada.
Ya los blandos arrullos de la cuna
Preparan con letrillas no sacintas
Conducta á la república oportuna.
Lo que á un pueblo le importa es gastar cintas,
Pomadas, relumbrones, no virtudes,
Modas, modas costosas y distintas,
Que produzcan afán, solicitudes,
Trampas, disoluciones, embriagueces,
Infamias, adulterios, inquietudes....
Santa filosofía, ¡te estremeces!
¡Tuerces el rostro á la pintura horrible!
¡Con tristes alaridos me ensordeces!
¡Oh! chocheas sin duda; de irrisible
Ceño armada, cual vieja regañona,
Todo ya te es molesto y reprehensible.
¡Olvidas (vieja al fin) que nos abona
Tu nombre esa lindísima doctrina,
Que por tuya se vende y se pregona? (1);
¡O quizá, cual moneda adúlterina,
La marcan con tu sello venerable
Para que logre curso á la sordina?
¡Te enfureces de nuevo, despreciable!
¡Mendiga quieres ver siempre á mi España,
Estúpida, andrajosa, miserable!
Deshaz la oscura niebla que la empañía,
Y pues sobran no tímidos talentos,
Su celo y sus designios acompaña.
Anéganos en sueños opulentos;
Castillos en el aire se fabrican;
Llámesse docto al forjador de cuentos;
Delirios de delirios multipliquen
En la árida península; esto es ciencia,
Por más que cien fanáticos repliquen.
Gritar: ¡Humanidad! ¡Beneficencia!
Hace rico un estado en dos minutos,
Y no: pecado, caridad, conciencia.
Llama á mis españoles bestias, brutos,
Y apódamelos bien de teologotes,
El más bien entre necios atributos.
Verás á borbotones los *Quijotes*
Salir enarbolando gruesas plumas,
No distintas de mazas y garrotes.
Y cual se esponjan leves las espumas
En lago apaleado, que levanta
De ampollas huecas infinitas sumas;
Que al ver tanta hermosura nos espanta
En los cándidos grupos, y aire vano
Son para el que á palparlos se adelanta;
Así bien sacudido el lago hispano,
Agrupará científicas ampollas,
Y, aunque con viento, ostentaráse ufano.
Tal, divino *Censor* (2), tú nos arrollas,
Y con nodosa clava nos demuestras
Que un estado no es sabio sin bambollas.
Te imitan otras plumas aún más diestras
En cargarnos de palos y más palos,
Labrándose á su gusto las palestras.
Diréis que todos son Sardanapalos
En la misera España, según Hueven
Catones, que ellos solos no son malos;
Que á no ser por decirse que se mueven
A ladrar porque el vientre les instiga
Y hacen bien en buscar con que le ceben,
Desterrado de tí, patria enemiga,
Prefiriera á tu suelo los desiertos
Que en la arenosa Arabia el sol castiga;
Donde abrasado entre peñascos yertos,
De tanto bachiller fiscalizante
No entendiera los crudos desconciertos;
Donde en clima de fieras abundante
Escucharía silbos de culebras,
No aullidos de una turba delirante.
En fin, porque van largas ya las hebras
Que Talía me hila, y ser pesado
Un lánguido escritor; tiene sus quiebras;

(1) Alude á las doctrinas de los enciclopedistas franceses. (Nota del Colector.)

(2) Periódico de aquel tiempo. (Id.)

Y yo, vulgar ingenio, no he pensado
En formar coleccion de versucillos
Con precio en suscripciones mendigado,
Ahorrando frases de afectados brillos,
De una vez mi atrevido pensamiento
Piré en términos claros y sencillos:
Por libros se nos venden humo y viento,
Bambolla, faramalla, disparates,
Vaga locuacidad sin fundamento.
Llaman filosofía á los dislates,
A la audacia, al orgullo, á la locura,
Y á oráculos se meten los orates.
Comercio, industria, fábricas, cultura,
Legislacion, costumbres, ciencias, artes,
Civil economía, agricultura;
Corre, suena, retumba en todas partes
Este lenguaje, en libros, en folletos,
Enhebrando magníficos ensartes.
Embutidos así los mamotretos,
La piadosa nacion celo presume
Lo que es cebo á lectores indiscretos.
Porque ¡en qué tanta bulla se resume!
En que coma una industria pedantesca,
Que plata, tiempo y juicio nos consume.
Hierve afanada la tremenda gresca,
Y revolviendo el río de mil modos,
Es el mejor autor el que más pesca.
Este es el norte que dirige á todos;
Y el que aspira á ganancia más segura,
Va y se mete en la mística de codos.
Un mozalvete (3) de gentil figura,
Que respira del mundo el aire vano,
Que adultera tal vez, bebe y perjura,
Reimprime un *Ejercicio cotidiano*,
Y á costa de las almas compungidas
Gana con que ser frívolo y liviano.
Las ciencias, ofuscadas, oprimidas
De la vaga y burlesca tabaola,
Yacen mustias, cobardes, escondidas.
Así nada se labra ni acrisola.
Tu arte ¡dónde está, grave *Mariana*?
¡Dónde el vuestro, *Leon*, *Laso*, *Argensola*?
Vives, ¡quién hoy te sigue? (4) ¡quién allana
Contigo del saber la sacra senda,
Desviando el error que la profana?
¡Dónde está la magnífica contienda
Que, á *Aténas* emulando, á la gran Roma
Hace que eterna su doctrina extienda?
La rica erudicion, ¡dónde se asoma?
¡Dónde tu estilo, Adán de los poetas,
Que el extranjero gusto vence y doma?
En fin las obras sábias, las discretas,
Que, vacilando el español imperio,
Dió fértil en edades más inquietas,
De sonrojo nos sirven, de improprio,
Hoy que brinda la paz á intentos (5) grandes
Y no vive el ingenio en cautiverio;
Hoy que no nos usurpa ativa Flándes
El premio de los doctos, ni se aguanta,
Hipócrita ambicion, que te desmandes.
Mas si yace el honor, ¡qué nos espanta
Que inunde á España, porque al cielo plugo,
De grajos tantos turbulencia tanta?
Quien se somete al vergonzoso yugo
De la venalidad, busca en su mente
Sólo al comercio acomodado yugo (6).
Asunto elegirá que le presente
Réditos pronto, infalibles, gruesos,
Y seguirá al vulgacho la corriente.
No busca en la doctrina los excesos;
Búscalos en la venta, y por la venta
Sólo estudia en vulgares embelesos;
Y con materia baja y fraudulenta,
Traicion hace mil veces á su juicio,
Si alguno tiene quien así le afrenta.

(3) Un mozalvete. Variante: Un pisaverde.

(4) Variante: Vives, ¡quién hoy te imita?

(5) *d intentos*. Variante: *d empresas*.

(6) Variante de este terceto:

El que apronta ganancia, mueve el yugo;
Labra sin fuerza, araña solamente,
Y la mies crece lánguida y sin jugo.

¡Oh patria! Tú padeces el perjuicio
De esta turba voraz de pedantones,
Que hacen de tu paciencia beneficio.
¡Qué eternos monumentos, qué blasones
Trasladará *Minerva* á nuestros nietos
De esta edad tan fecunda en impresiones?
¡De *Mecio el Apreton* (1) y los sonetos,
La prosa de sus versos, fría y seca,
Buena para recetas y secretos?
¡De *Guarinos* la infausta *Biblioteca* (2),
Tablado donde España comparece
A hacer ostentación de lo que peca;
Celo tonto, que piensa que ennoblece,
Y en la calle nos pone nuestros trapos (3)
Y á la irrisión del mundo los ofrece?
En suma, los desechos, los harapos
Que arroja Francia, y nuestra ciencia visten,
Cual muñeca, de andrajos y guñapos;
Así obstinados en dañarle insisten
Genios yertos, estériles, mezquinos,
Que á incautas bolsas y al poder embisten.
De la razón crueles asesinos,
Plumas traidoras, que por precio matan,
Y despues piden premios peregrinos.
Y tú, cuando forzada te arrebatan,
¡Qué dices? Que á otro siglo más dichoso
Tus tristes esperanzas se dilatan (4).
Cuando compre la gloria el ambicioso
Al precio noble de virtud altiva,
Y en su vicio aparezca virtuoso;
Cuando escriba á los hombres el que escriba,
No al oro de los hombres, que es grosera
Su ciencia, y fiera la razón esquiva;
Cuando el que premios y fortuna adquiera,
Digno sea de premios y fortuna,
Y no usurparlos, merecerlos quiera;
Cuando á las letras la virtud se una.....
Esto difícil es..... pero á lo ménos
No hagan alarde de vileza alguna;
Ni de arrogancia y de avaricia llenos,
La eterna fama del honor marchiten,
Secos de juicio y de decoro ajenos.
Harás que se enfurezcan, que se irriten
Contra este avaro siglo los futuros,
Para que no imitarlo soliciten.
Y les dirás: «Si cándidos, si puros
Aspirais á que el hombre se ennoblezca (5)
Con sabios documentos, con seguros,
» No á que siempre de males adolezca,
Ni la llaga en el bálsamo nutrida (6),
Cuanto más racional, más se envilezca.
» De la especulación sea la vida
Práctico ejemplo, y obre la enseñanza,
Y la acción á la pluma vaya unida.
» Santa amistad, estrecha semejanza
Haya entre labio y pecho; la alta cumbre
De la inmortalidad así se alcanza.»
Así, inflamado con celeste lumbre,
Se desata el ingenio fervoroso
De la baja y terrena pesadumbre.
Y corriendo los orbes animoso,
Sus misterios y leyes investiga,
Y los pinta con placido reposo;
O ciñendo su sien la yedra amiga
O el eterno laurel, con plectro de oro
Las molestias del ánimo mitiga,
Cuando, emulando del Olimpo el coro,
Canta del alba la amorosa risa
O de un héroe eterniza el gran decoro.
Su voz, no acobardada ni remisa,

(1) Alude á la composición que escribió Iriarte con este título. (Nota del Colector.)

(2) *Ensayo de una biblioteca española del reinado de Carlos III*, por don Juan Sempere y Guarinos. (Id. id.)

(3) Variante:

Y nos saca á la calle nuestros trapos,

(4) Variante:

Apelas del rigor con que te tratan.

(5) Variante:

Pretendeis que la mente se ennoblezca.

(6) Variante:

Ni que, hinchada de ciencia envilecida,

A las lóbregas urnas penetrando,
Donde la Parca las grandezas pisa,
La ya enterrada gloria restaurando,
A la luz sus ejemplos restituye,
Y hace inmortal de la virtud el mando.
Rápido vuela el tiempo, y cuando huye
Triunfante con trofeos de la muerte,
Trofeos que también lima y destruye,
El ingenio feliz con mano fuerte
Sale al encuentro á la fatal huida,
Sin pavor que su fuerza desconcierte;
Y de entre los despojos de la vida
Al tiempo arranca los angustios hechos,
Que abrazados se lleva el homicida.
Inmortaliza así los dignos pechos
El docto ingenio, y triunfan del olvido
Varones en ceniza ya deshechos.
De Atenas el honor ya demolido,
Ni sombra suya en la región conserva
Donde fué el gran *Demóstenes* oído.
Cabañas rudas entre mustia hierba
Se ven hoy donde un tiempo el *Areopago*
á *Platon* escuchó con frente acerba.
Templos, estatuas, foros al estrago
Se rindieron, y mármoles divinos
Apénas duran en destrozado vago.
No hallan, cuando allí van los peregrinos,
A Atenas en Atenas, y dolientes
Gimen ¡ay! el rigor de los destinos.
Porque acordando nombres eminentes,
Buscando van el Pórtico, el Liceo
Entre malvas y zarzas inclementes.
La gloria del ingenio su trofeo
Allá sólo mantiene levantado,
Triste ornamento del desierto feo.
Tal poder contra el tiempo ha reservado
Próvido el cielo á la excelencia humana,
Que así indica su origen encumbrado.
Con él burla á la muerte, con él gana
No, vendiendo la mente, precios viles,
Mas gloria, en las edades soberana (7).
Gloria negada á espíritus serviles;
Gloria que nace de enseñanzas fieles,
Justo premio de genios varoniles;
Gloria que no procede de oropeles,
Ni limita al café su ministerio (8).
Cual tú, esponjado *Poncio*, hacerlo sueles.
Gloria que de la envidia el vituperio
Ve caer á sus pies, y en su constancia
Quebra humillada su rabioso imperio (9).
Tiempo fué cuando hinchada la arrogancia
Ofuscó en vuestros padres la grandeza,
Dilatando al engaño la distancia.....
Mas ya que el juicio á recobrase empieza,
La infamia abominada de tales artes;
Acompañe á la ciencia la pureza (10),
Y admirados seréis en todas partes.

Dijo, y al punto, ¡qué prodigio! transformándose
repentinamente en ranas una gran cantidad de los penitenciadados, se derrocaron con fiero estrépito ellos y las espuertas al pestilente cenagal, y á los que se salvaron de la risible metamorfosis los mandó expeler del Parnaso, cargados con los capachos, diciendo que los había reservado para que, inspirados de saludable arrepentimiento y escarmentados en cabeza propia, diesen fe á los corruptores presentes del fin y premio que les espera para término de sus desatinadas tareas.....

Aquí llegaba, cuando siento estremecerse mi cuerpo
extraordinariamente, y derramarse por todos mis miembros un frío pavor, bien así como cuando aprendemos

(7) Variante:

Mas gloria, de los siglos soberana.

(8) su ministerio. Variante: su magisterio.

(9) Variante de este terceto:

Gloria que del pedante el vituperio

Ve caer á sus pies, y en su constancia

Quebra la envidia su rabioso imperio.

(10) la pureza. Variante: la nobleza.

que nos amenaza alguna grande fatalidad.....—¡Ay Dios!
¡Si me convertiré yo también en rana!..... La vehemencia de esta aprensión me obligó á querer dar un salto como para alejarme del maldito derrumbadero. Inténtolo, y siento que me tienen asido de un brazo; vuelvo la cabeza, y veo á *Arcadio*, que me dice riéndose: «Si yo tuviera mejor opinión de vos, ésta era la tarde en que os creía santo hecho y derecho. Tres ó cuatro horas há que os han visto aquí inmóvil, sentado en la silla, reclinada la frente sobre la mesa, clavados los codos en su tabla, y cogida la cabeza con ambas manos. La tarde, lluviosa y melancólica, hizo creer á vuestra familia que os habíais dormido con pesadez profunda; pero viendo que iba largo el sueño, han entrado de propósito á alborotaros varias veces, y en ellas nada han conseguido sino veros de cuando en cuando reír muy de gana, ya suspirar, ya hablar; vengo á buscaros, y la pobre familia, creyendoos extático y arrobado en algún raptó extraordinario, me encarga que os observe con atención. Entro, y os hallo en la misma postura; muevo la silla, y nada; tiroos de un brazo, y vos, asustado, vais á huir precipitadamente. ¡Qué es esto, hombre del diantre? ¡Habéis estado meditando alguna oda pindárica en elogio del inmortal *Frigerion* (1), ó algún poema épico en que la ninfa *Gerinda* ayude á la diosa *Giraphiega* para que en las cavernas de la región *Antropía* exciten saludable tempestad que exima al número *Ventriculo* de las graves aficciones en que lo han puesto las malignas ninfas *Castañas* ó los malandrines *Nabos*?..... Miré entónces con atención á todas partes, y me hallé, en efecto, en mi estudio, sentado junto á una mesa. Levantéme, y dije á mi amigo: «*Arcadio* mío, he tenido esta tarde el rato de mayor entretenimiento que pienso lograr en toda mi vida. Vos sabéis que no duermo siesta jamás. Despues de comer, por engañar la melancolía del tiempo, me senté aquí y solté las riendas á la imaginación, para que á su arbitrio fuese por donde más le viniese en voluntad. Ella, que se vió libre de las trabas á que la sujetan de ordinario las obligaciones de la vida, tuvo tan lindo gusto, que me ha presentado una comedia divertidísima, y tanto, que, enfrascado en la variedad de sus escenas, no he sabido de mí hasta que llegásteis á perturbar mi embeleso; y punto por punto le conté cuanto va referido, ni más ni ménos que me lo había figurado mi fantasía en aquella agradable suspensión..... «Alto, pues, dijo *Arcadio*, acabado el cuento; no os dejaré de la mano hasta que todo eso lo trasladéis al papel, y despues á la imprenta. No puede expiarse con ménos desagravio el desacato horrible con que los ganapanes de la literatura han violado la castidad hermosa de nuestra lengua. Manos, pues, á la obra ántes que se enfrie el hervor de la imaginación.....—¿Estáis loco?—Estélo ó no, lo dicho dicho; más locos están los que han dado ocasión para delirar con tanto concierto y provecho.....—¿Y qué dirá el público de verme metido á gracioso con todas las reverendas de?...—¡Bella simpleza! El público dirá que no enviden al hombre los chistes, sino las costumbres pésimas. Y si hay alguna austeridad tan enemiga de las gracias, que ose reprobar vuestra jovialidad, decidle á su dueño que si él quiere semejarse más

(1) Trigueros.

á las bestias, viviendo grave y extático, que manifestar que es hombre, riendo cuando lo piden la ocasión, las cosas y las personas, vos no estais de ese humor, ni debéis estarlo miéntras la naturaleza no destruya los objetos ridículos, y no os haga saber, por medio de algún anuncio extraordinario, que, despues de haberos dado la facultad de reír, es su positiva y deliberada voluntad que no os riáis. Decidle que *Ciceron* no dejó de ser el mayor cónsul de Roma por haber sido zumbón y decididor acérrimo. Decidle que *Augusto* escribió *Fescenninos* (2), y si nosabe qué son *Fescenninos*, cómo es muy de creer, envíadle el almacén de *Ambrosio* para que le dé parte de su carabina. Decidle que *Adriano* fué el emperador más bufón y más sabio que se sentó en el trono de los Césares, de suerte que ninguno de cuantos ciñen la banda imperial le aventajó en donaires y en gobernar bien. Decidle que el rígido y ceñudo *Séneca*, cuya filosofía no parece sino que se amasó en salsa de mostaza y hortigas, se zumbó atrozmente nada ménos que de todo un *Claudio*, transformándole en calabaza y haciéndole la befa y juguete del Olimpo. Y si todavía se tiene en sus trece de majadero, echadle á las barbas el *Misopogon* de *Juliano* (3), atado á la sarta de sus *Césares*, y dejadle que reviente de estirado como regiga de botarga, miéntras vos confeccionais vuestro estilo del modo más conveniente al fin que os proponéis, que es la verdadera brújula para las navegaciones literarias.....

»Escribid vos, y dejad de mi cuenta vuestra apología, cuando haya algún genio tan vinagre que se duela porque vos os reís de lo que, no sólo es digno de risa, sino de silbos y ceneceros.....—Ann me queda un escrupulillo. ¡Parécenos que podrá agrandar una invención en que el asunto principal aparece, allá casi al fin de ella, augado en una multitud de episodios, que poco ó nada tienen que ver con él! ¡Una invención quimérica, cuya cabeza no dice con el cuerpo, y en éste se ven sembradas plumas!.....—Vaya, excusad la pedantería de repetirme el documento de *Horacio*.....—Pero, ¿no es de bulto el reparo?—Eslo; pero en estas obras, ¿quién os ha de pedir los rigores y puntualidades de una fábula épica ó dramática? Estos escritos, que se llaman *satíricomes*, corren y saltan libremente en campo ilimitado, y en la pequeñez de los sermones del mismo *Horacio* hallaréis frecuentes ejemplos del genio licencioso y lasciviente, si es lícito decirlo así, de esta casta de obras. La sátira es retozona, y no gusta de reducirse á la clausura de un círculo. *Luciano*, *Apuleyo*, *Capella* y sus imitadores modernos os darán cuanta metralla necesitéis para rociar á los reparones. ¡Digo algo?

»—Ahora, sús, voy á escribir, y para que todo sea extraño, he de trasladar esta misma conversacion, que servirá de retaguardia á la obrilla, y á Dios y á dicha, será la primera que lleve el prólogo á la cola, y con esto, en vez de *Galeato*, podrá llamarse *Ocrato*, ó más bien prólogo á la grupa ó *Postfaccion*.....—Lindamente, dijo *Arcadio*.....» Y ve aquí cumplida mi promesa.

(2) *Fescennini versus*. Llamábanse así unas coplas satíricas y obscenas que cantaban los romanos, especialmente en las bodas. (Nota del Colector.)

(3) El emperador *Juliano* escribió, entre otros libros, la *Sátira de los emperadores romanos*, y la obra burlesca el *Misopogon*, esto es, el *Enemigo de la barba*. Estas y otras obras de *Juliano el Apóstata* fueron publicadas en Leipsick, el año de 1696. (Id.)